



La revolución romana

Pretendemos en este capítulo dar una idea sumarisima del último siglo de la República romana. Es un período de revolución. Se desmorona un mundo viejo para formarse otro cuyos caracteres no se distinguen todavía. Coaliciones, tiranías y dictaduras se suceden tan rápidamente, que no parece posible que haya de surgir nada orgánico de tan prolongado conflicto. Para el lector son ya familiares los nombres de los Gracos, Mario y Sila, César y Pompeyo, Cicerón y Catilina... Nuestro deseo sería ahora dar una visión clara de lo que significan estos personajes en el gran drama de la revolución romana y lo que fue ella en conjunto. Difícil será conseguirlo.

Como siempre, sorprende el vigor de Roma y su abundancia de grandes hombres. Todos los que toman parte en las conspiraciones, motines y escándalos de la revolución han colaborado en la gran empresa de extender la influencia de Roma por el oriente y el occidente de Europa. Todos sienten la necesidad de aportar, como título que justifique su ambición, una nueva provincia a la República. Ninguno de ellos pretende imponerse con intrigas; los que, como Catilina, no cuentan sino con su audacia, son sacrificados en pocos días. El tipo del político vano, que depende de una camarilla y del arte de manipular las elecciones, también existe en la Roma republicana, pero es un

Una pareja de romanos ilustres, Catón y su esposa Porcia, representados sobre una losa funeraria (Museo Vaticano). En la primera mitad del siglo II a. de J. C., Catón el Viejo se opuso a las profundas innovaciones que día a día venían minando los fundamentos de la República romana. El gesto de su mano, acogiendo la de su esposa, simboliza el poder marital, al que la mujer estaba sujeta una vez entraba a formar parte de la familia del marido.



Estatua de un patricio que lleva en procesión las efígies de sus antepasados como muestra de la antigüedad de su familia frente a la reciente ciudadanía de los plebeyos (Palacio de los Conservadores, Roma). Los patricios eran los descendientes de los antiguos ciudadanos romanos, que tenían plenos derechos sociales y políticos. Sus representantes, los "patres", defendían sus intereses y los de la República en el Senado.

actor secundario; los verdaderos protagonistas de la crisis constitucional romana son héroes que han manejado la espada y están dispuestos a empuñarla de nuevo si llegan a la convicción de que no pueden conseguir en los comicios lo que desean.

Tiberio Graco ha peleado en Numancia y Cartago. Mario ha deshecho las naciones de cimbrios y teutones. César ha conquistado la Galia, Lúculo la Bitinia y Pompeyo el Ponto. Sila, rindiendo a Yugurta, consolidó la dominación romana en el África del Norte, y Antonio, valiéndose de Cleopatra, hizo posible la anexión de Egipto. Pero estas nuevas responsabilidades complican la situación; al problema interior se añade el de gobernar o explotar los nuevos territorios. La organización ya anticuada de la República se manifiesta todavía más deficiente cuando hay que administrar reinos lejanos.

La revolución empezó, como siempre, por una crisis económica. Roma era desde su origen una nación de agricultores, aunque organizados militarmente para defenderse y atacar si fuese necesario. Al conquistar toda la península italiana y además Sicilia, los pequeños terratenientes romanos se encontraron con que no podían competir con los grandes feudos que se habían formado en la Italia meridional, cultivados por cuadrillas de esclavos. Lo más curioso era que estas plantaciones, que producían el grano, el aceite y el vino a precios irrisorios, habían sido conquistadas a costa de enormes sacrificios por los mismos romanos que ahora se encontraban arruinados y resultaban víctimas de sus propias conquistas. Las tierras de Sicilia, del Samnio y de la Galia Cisalpina, o sea el valle del Po, confiscadas a sus antiguos poseedores, griegos, galos y samnitas, habían sido arrendadas —obsérvese bien, arrendadas, no vendidas— a contratistas romanos, que las cultivaban sin pagar apenas arrendamiento a la República y con sus productos inundaban el mercado.

Así, pues, Roma se debatía ahogándose con los trofeos de sus victorias. La situación parecía poder remediarse fácilmente de una plumada. Bastaba declarar caducados los arrendamientos de las tierras de la República, que eran las que originaban la competencia, y subdividir las en parcelas que serían cultivadas por los agricultores arruinados del Lacio.

Tal era la intención de Tiberio Graco, elegido tribuno de la plebe el 134 a. de J. C., cuando apenas tenía treinta años. El plan no era del todo nuevo; la tradición dice que dos siglos antes el cónsul Licinio había propuesto una ley, que fue aprobada, por la cual se fijaba un límite a la propiedad, para evitar que los bienes y las tierras se acumularan en

pocas manos. Ningún ciudadano romano podía poseer, según la ley de Licinio, más de quinientos *iugera* o jornales de tierra. La ley propuesta por Tiberio Graco no era de carácter general, como la de Licinio, sino que afectaba sólo a los que cultivaban tierras del estado. Los arrendatarios de estas tierras podrían retener quinientas *iugera* y aun doscientas cincuenta más para cada hijo, hasta mil *iugera*; el resto debía dividirse en lotes de treinta *iugera* que no se venderían, sino que se darian en contrato de arrendamiento, pagando un pequeño canon al estado. Los nuevos arrendatarios podrían traspasar sus derechos por testamento, pero no venderlos, y debían cultivar la tierra satisfactoriamente a juicio de los comisionados al efecto; éstos formaban un "colegio" de tres triunviros y en un principio tenían a su cargo la distribución de las tierras y su adjudicación después cuando, por fallecimiento o por abandono, quedaran disponibles.

No hay nada en este proyecto que no parezca muy razonable, y Tiberio Graco parecía ser la persona ideal para realizarlo. Era

de noble familia: su madre, Cornelia, hija del gran Escipión, que había concluido con Aníbal, era prima del otro Escipión, Emiliano, que conquistó Numancia; su padre, un primer Tiberio Graco, había sido cónsul y censor; además, Tiberio estaba casado con la hija de Apio Claudio. Pero tanto Emiliano como Apio Claudio, aunque conscientes de su nobleza y celosos del poder del Senado, eran más patriotas que conservadores, y ambos miraban con simpatía la reforma agraria que proyectaba su joven pariente. De Emiliano cabe sospechar que se había propuesto algo semejante, intentando realizarlo por medio de un íntimo suyo llamado Lelio, quien, al ver la oposición que le hacían gentes de gran autoridad, desistió de su empeño, por lo que los conservadores le dieron el sobrenombre de sabio o prudente. Emiliano, por su parte, prefirió servir a la República como soldado mejor que como legislador. Es seguro, sin embargo, que del círculo de filósofos e historiadores que rodeaban a este Escipión Emiliano salieron sugerencias e ideas para orientar a su sobrino. Había en

Ruinas de la ciudad de Numancia, cerca de Soria, donde la larga resistencia de los hispanos sucumbió ante el vencedor de Cartago, Escipión Emiliano, que la rindió por hambre. Esto y la anterior sumisión de los lusitanos tras la muerte de Viriato puso a toda la península, excepto la costa del Norte, en situación de dependencia de Roma.



CAMPAÑAS DE ROMA (200 A 64 A. DE J. C.)

200-180	Conquista de la Galia cisalpina	Tras la II guerra púnica, Roma conquista la Galia cisalpina, venciendo a insubrios, cenomanos y boios en Mincio y Como. Fundación de Aquilea y sometimiento de los ligures, con repercusiones en Córcega y Cerdeña.
200-197	II guerra de Macedonia	En apoyo de Rodas y Pérgamo, Roma declara la guerra a Filipo V de Macedonia, a quien vence en Cinoscéfalos (197). Macedonia pierde Tesalia, Caria y Helesponto.
192-188	Guerra contra Antíoco III de Siria y sus aliados los etolios	Antíoco III, que quiere restablecer la hegemonía seléucida en Asia, debe enfrentarse con Roma. Ésta le vence en Termópilas y Magnesia y se firma la paz de Apamea, por la que Antíoco debe ceder Asia Menor a Pérgamo y Rodas. Aníbal, consejero de Antíoco, debe huir y se suicida (183) para no caer en poder de Roma.
171-168	III guerra de Macedonia	Perseo, hijo de Filipo V, quiere librarse de la hegemonía romana en Grecia, pero es vencido en Pidna (168) y capturado en Samotracia. Macedonia es fragmentada en cuatro débiles estados.
154-133	Conquista de Hispania	Lucha contra los lusitanos y su jefe Viriato (147-139). Sometimiento de los celtíberos con la caída de Numancia por Escipión Emiliano (133).
149-146	III guerra púnica	Roma apoya las provocaciones de su aliado Masinisa, rey de Numidia, contra Cartago. Cuando ésta quiere defenderse, le declara la guerra. A pesar de haber entregado su armamento, Cartago, para evitar su aniquilación, prosigue la resistencia hasta su total destrucción por Escipión Emiliano (146).
146	Destrucción de Corinto	Roma exige la disolución de la Liga aquea y, después de sus victorias de Scarpea y Leucopetra, destruye Corinto, lo que significa la sumisión definitiva de Grecia.
136-132	I guerra de esclavos	En Sicilia es sofocada la sublevación de esclavos, dirigida por Euno.
129	Provincia de Asia	Roma recibe el reino de Pérgamo como legado de su rey Atalo III a su muerte (133). Se convierte en provincia de Asia.
121	Provincia de la Galia narbonense	Tras vencer a los alóbroges y arrenos, los romanos fundan Narbo Martius (Narbona) y Aquae Sextiae.
113-101	I invasión germánica	Finalmente, cimbros, teutones y ambrones son derrotados por Mario y Cástulo en Aquae Sextiae y Vercellae.
111-105	Guerra de Yugurta	Tras las campañas de Metelo (109-108), Mario (107-106) y Sila (105), Numidia se convierte en provincia romana.
90-88	Guerra mársica o social	Los aliados itálicos intentan separarse de Roma. Son vencidos por Sila, quien conquista su capital, Corfinium (88). Pero consiguen el derecho de ciudadanía.
88-84	I guerra mitridática	Mitrídates VI, rey del Ponto, ocupa los reinos filórromanos de Asia Menor. Sila ocupa Atenas (86) y vence en Queronea (86) y Orcomenos (85). Paz de Dárdano, por la que Mitrídates restituye sus conquistas.
83-81	II guerra mitridática	El legado L. Licinio Murena consigue de Mitrídates el cumplimiento de la paz de Dárdano.
75-64	III guerra mitridática	Los cónsules Lúculo y Pompeyo vencen definitivamente a Mitrídates.

Roma entonces muchos refugiados políticos de Grecia y el Oriente, los "científicos", quienes encontrarían interesantes los "experimentos" que proponía Tiberio Graco. Sabemos que Bloisio, un filósofo griego del cenáculo literario de Escipión, y otro griego llamado Diófanes, fugitivo de Mitilene, ayudaron a la redacción del proyecto de ley que presentaba Graco. Además, Apio Claudio lo patrocinaba; había, pues, partidarios del tribuno en el Senado.

No obstante, la ley fue combatida por los conservadores con gran violencia. ¿Por qué? Pues, en primer lugar, porque algunos senadores y patricios figuraban entre los poseedores sin título de las tierras que se quería dividir, y como se habían imaginado que nunca serían desposeídos de ellas, habían construido granjas, comprado esclavos, plantado viñas y roturado yermos. Parecía grave in-

justicia, y un error económico, destruir esta organización, que representaba una fuente enorme de riqueza. Claro que, de momento, el capitalismo agrario había aniquilado al pequeño productor, con pocos esclavos y sin lo que hoy llamamos maquinaria; pero querer persistir en los métodos patriarcales de la Roma republicana era a todas luces anacrónico. Era un capitalismo sin justificación.

Nadie podía adivinar hasta dónde irían a parar las reformas de Graco. Los nuevos arrendatarios de treinta *iugera*, a menos de estar dirigidos por expertos agricultores que les enseñaran el cultivo de las tierras, y asociados formando grupos para vender mejor sus productos, estaban condenados al fracaso; serían de nuevo vencidos por otros capitalistas. El colegio de los triunviros necesitaría, pues, una organización muy vasta de peritos y contables; sería como un estado

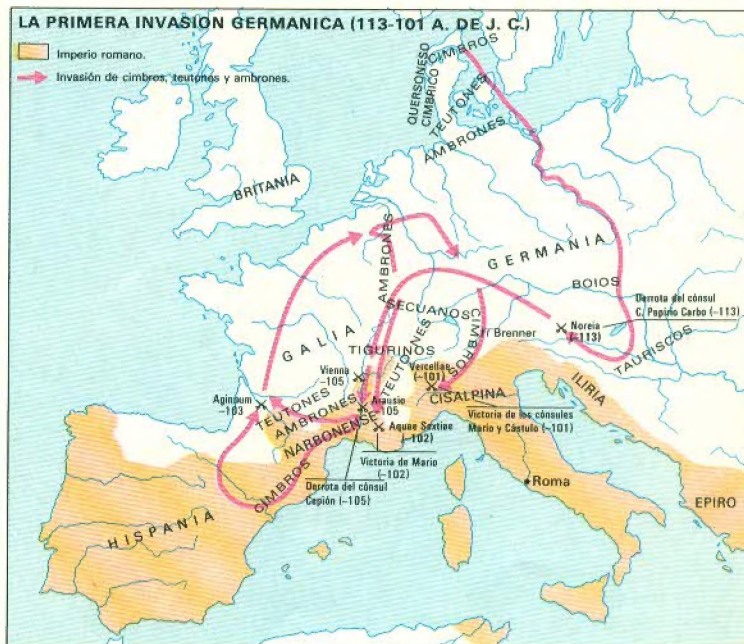


La casa de las Vestales, en el Foro romano, era un edificio de planta rectangular en que ellas vivían. Actualmente sólo se conserva el estanque del patio central y algunas estatuas que recuerdan la memoria de aquellas sacerdotisas.

dentro del estado y, a la larga, la nacionalización de la propiedad se impondría con todas sus consecuencias, o por lo menos, la aplicación estricta de las leyes de Licinio.

La lucha entre Graco y los conservadores se mantuvo por algún tiempo dentro de los límites de la legalidad. Era fácil en Roma impedir que pasara un proyecto de ley. Como había varios tribunos y todos tenían el veto, bastaba que uno hiciese obstrucción para dar largas al asunto hasta fin de año, en que todos cesaban en sus cargos. Graco podía y debía esperar.

Un tribuno colega de Tiberio llamado Octavio se encargó de cerrar el paso al proyecto de ley. Tiberio trató de persuadirle a las buenas de que no lo hiciera, pero viendo que todo era inútil, logró la destitución de Octavio. La medida era ilegal; un sacrilegio a los ojos de los romanos, porque la inviola-



LAS REFORMAS DE LOS GRACOS

La República romana, que tras el régimen de terror del último de los reyes, Tarquino el Soberbio, había enderezado por buenos caminos la incipiente potencia económica y guerrera de los ciudadanos de la península itálica, estaba llegando, a mediados del siglo II a. de J. C., a un momento crítico.

La sociedad romana no era ya, como había sido, una población campesina propietaria de tierras, de las que emanaban sus derechos y deberes políticos. Las grandes conquistas que durante el siglo II a. de Jesucristo realizó la República habían aumentado el *ager publicus*. Pero a diferencia de antaño, en que las tierras ocupadas tras las conquistas eran repartidas entre los ciudadanos pobres para que las explotaran como propias, ahora las tierras provenientes de conquista eran monopolizadas por la aristocracia. Incluso los senadores, a quienes se lo prohibía expresamente la ley, se apoderaban de esas tierras y emprendían una explotación agrícola de tipo capitalista.

Naturalmente hacía falta abundante mano de obra para este género de explotación. Componían esta mano de obra los esclavos, que estaban en todo sometidos a su dueño, y los colonos. ¿Cómo se explica que sus padres, que habían sido dueños de toda la Italia central, perdieran la propiedad de sus tierras y se convirtieran en meros cultivadores o colonos? La respuesta es clara.

Según el régimen romano tradicional, el ejército estaba formado por el campesinado rural, de modo que sólo aquellos ciudadanos que poseían una determinada cantidad de tierras tenían el privilegio de servir en el ejército. Este privilegio era una pesada obligación para aquellos que poseían pocas tierras, pues no tenían los medios de adquirir el armamento y disponer de cabalgaduras. De aquí que los campesinos con pocas tierras, para quedar libres del servicio militar, las vendieran a los ricos y se quedaron en ellas como colonos.

Esta situación social, enraizada en una profunda crisis económica, era un campo propicio para cualquier reforma. La primera tentativa fue protagonizada por dos hermanos de la ilustre familia aristocrática de los Gracos.

Tiberio Graco pudo observar en algunos de sus desplazamientos por tierras de la República que eran demasiado abundantes los ciudadanos romanos cuyas condiciones eran similares a las de los esclavos. De ahí nació su idea de "recrear" la tradicional población agraria de la República formada por los hombres del campo.

El problema tenía un claro planteo. Sólo hacía falta que la solución fuera consecuente: había que repoblar urgentemente las tierras de la península con una verdadera población campesina. Para llevar a cabo esta importante reforma se hizo elegir tribuno de la plebe en 133. Desde la plataforma de este cargo propuso su fa-

mosa ley agraria, que limitaba la ocupación de las tierras conquistadas y anulaba las anteriores ocupaciones irregulares. Cada ciudadano no podía poseer más de 125 ha, más 60 por cada hijo, hasta un máximo de unas 250 en total. Todas las tierras que sobrepasaban estos límites, más las provenientes de las nuevas conquistas, tenían que pasar a engrosar el *ager publicus*, el cual, a su vez, había de ser repartido entre los ciudadanos sin propiedades en parcelas de 7,5 ha por persona. Los agraciados estaban obligados a pagar un pequeño y simbólico tributo anual al estado, en reconocimiento de que las tierras no eran de su propiedad absoluta.

Como es de suponer, los senadores y la mayor parte de la aristocracia se opusieron a la ley, pues les perjudicaba en demasía. ¿Iban a dejarse despojar impunemente de sus propiedades, algunas de ellas bien cultivadas y reformadas con fuertes inversiones económicas? Además, otro tribuno de la plebe, Marco Octavio, que como tal tenía derecho a vetar las propuestas de leyes, se opuso a su presentación a la Asamblea. Tiberio, basándose en que la finalidad de los tribunos era defender los intereses del pueblo en sus relaciones con el poder público, acusó a Marco Octavio de ser enemigo del pueblo, pues se oponía a la aprobación de la ley. Así, no tardó en lograr su deposición, con lo que la ley fue aprobada, aun a pesar de la opinión de los senadores.

Para repartir las tierras según las cláusulas de la ley, Tiberio nombró una comisión formada por su hermano Cayo, su suegro y él mismo. Tiberio pretendía también proporcionar a los ciudadanos pobres las herramientas necesarias para laborar las tierras recibidas, y esto con el dinero del estado. Este hecho, contrario a toda tradición, le ganó la enemistad de casi todos los senadores.

A todo esto, el verano de 133, en que iban a ser convocadas nuevas elecciones al tribunado, estaba a punto de llegar, sin que la reforma agraria estuviera del todo acabada. No era legal que Tiberio se presentara por segunda vez a las elecciones, pero lo hizo apremiado por la necesidad de acabar su reforma.

La situación política de la República llegó a tal tirantez ante estas elecciones, que para controlarlas y evitar cualquier disturbio callejero se hubo de decretar la suspensión del régimen normal que garantizaba la libertad de los ciudadanos. No obstante esta especie de estado de excepción, se creó un clima de violencia que provocó muchas víctimas en Roma. En una refriega callejera entre los tiberianos y los partidarios del orden senatorial, Tiberio perdió la vida. No consiguió su reelección ni había logrado la reforma tan deseada, pues, aunque después de su muerte siguieron aplicándose las normas votadas para realizar la reforma agraria, la comisión encargada de aplicarlas cuidó

en lo sucesivo de no perjudicar los intereses de los grandes propietarios, sin lo cual no era ya posible la reforma.

Conviene puntualizar que sí, por un lado, la reforma de Tiberio chocó contra la oposición de los senadores, que se veían progresivamente privados de sus propiedades y que le acusaron de querer proclamarse rey o tirano, por otra parte no obtuvo la necesaria colaboración del pueblo romano, que veía con desagrado el momento de tener que abandonar Roma para ir a explotar las tierras de provincias.

Herederio de la reforma social de Tiberio fue su hermano Cayo Graco, que fue elegido tribuno en 123 a. de J. C. El Senado iba a encontrar en él un temible adversario, pues, al coraje de su hermano, mostraba además un espíritu político mucho más despierto. Pronto comprendió que no se podía luchar contra los enemigos de la ley agraria sin tener bien unidas las fuerzas de la ciudad y hacerlas partidarias de su causa.

Para granjearse la simpatía y la buena acogida de todos los ciudadanos, emprendió una serie de reformas favorables y de promulgaciones de leyes que sólo la muerte pudo detener. La burguesía de la ciudad, propietarios de grandes o pequeñas parcelas, empezó a gozar del privilegio de ser, por su número, mayoría en el tribunado y a percibir los diezmos de las colonias de Asia. La plebe urbana se vio favorecida por una ley frumentaria según la cual cada ciudadano podía comprar a un precio razonable y establecido por el estado (lo que hoy llamamos precio político) una cantidad mensual de trigo a los graneros públicos. Propuso, además, para que el mayor número posible pudiera gozar de los beneficios de la ley de Tiberio, que los derechos ciudadanos se extendieran no sólo a todos los latinos de la península, sino a aquellos que estuvieran en las colonias y a los aliados itálicos de Roma.

Este proyecto, tergiversado hábilmente por miembros del Senado, despertó el egoísmo del pueblo, receloso de que sus derechos de romanos fueran extendidos a muchos otros, y la figura de Cayo Graco perdió el favor popular y no logró la reelección al tribunado por tercer año consecutivo, a pesar de que, antes de ser tribuno, había hecho votar la ley que posibilitaba la reelección y garantizaba la continuidad en el poder. Viéndose perdido en una revuelta contra las fuerzas consulares, se hizo dar muerte por un esclavo.

A los intentos de reforma de Tiberio y Cayo siguió un siglo de luchas que no lograron reformar la República romana, sino hacerla desaparecer. Ni la generosidad de los Gracos, ni la reacción dictatorial de Sila, ni los intentos de restauración senatorial de Pompeyo, ni la "monarquía" de César pudieron evitar el advenimiento del Imperio.

V. G.

Puerta del templo de Apolo en Cirene, capital de la antigua Cirenaica, en la Libia actual. La región, que había sido una de las más famosas colonias griegas, pasó en el año 96 a. de J. C. a poder de los romanos por voluntad del último rey Tolomeo Apión. Tras unos años de abandono por parte de la urbe, pasó a formar con Chipre una provincia senatorial.



bilidad de los tribunos era la mayor conquista de la plebe. Con la destitución de Octavio, Tiberio Graco desencadenó la revolución. Las razones que dio Tiberio para deponer a un tribuno son las mismas que han dado y darán todos los que atacan a la autoridad legalmente establecida. Apelan a un derecho más alto que la ley escrita, esto es, el bien común. “Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se impone romper un lazo político —dice la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América*—, este lazo puede deshacerse de acuerdo con la ley natural y las leyes de Dios.”

Tiberio recordó el precedente de los antiguos reyes de Roma, que, siendo autoridad legítima, habían sido expulsados cuando fueron dañosos para sus súbditos. “No hay en Roma —añadió Graco— nada más venerable que las vírgenes vestales que cuidan del fuego sagrado; no obstante, si una de ellas comete una falta es enterrada viva, la santidad de que está revestida desaparece si ofende a los dioses. Un tribuno es legalmente elegido cuando lo votamos por mayoría en los comicios; será, pues, legalmente despojado si lo destituimos por mayoría de votos.”

Depuesto Octavio, fue fácil para Tiberio Graco hacer aprobar la ley. Se nombraron triunviros para ejecutarla, que fueron el mismo Tiberio, su hermano Cayo, que tenía veinte años, y su suegro Apio Claudio. Como se ve, intervenía toda la familia; el desafío a la oposición rayaba en locura, pero la venganza de los conservadores no se hizo espe-

Estatua de una sacerdotisa de la casa de las Vestales. El carácter religioso de estos personajes, que, por un lado, les obligaba a una perfección no común, por otro les concedía un prestigio y unos poderes que nadie más tenía en Roma. En ocasiones, su intercesión podía conseguir que se perdonara a un condenado a muerte.

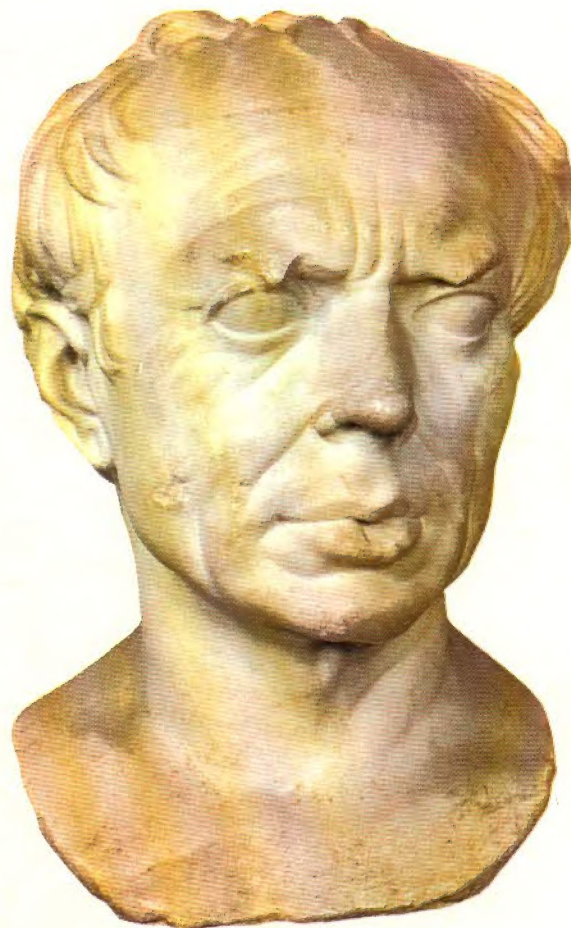


Estela funeraria de dos esposos romanos de comienzos del siglo I a. de J. C. (Museo Nacional, Roma). El marido se cubre con la toga, prenda oficial de los romanos en tiempos de paz. La mujer lleva la "palla", una especie de toga femenina, y por encima un largo velo, sujeto al pelo con agujas.



rar. Al año siguiente, Tiberio Graco fue villanamente asesinado en un motín promovido por el Senado. Otro tribuno también colega de Tiberio le dio el primer golpe. No se emplearon para matarle armas de metal; fue muerto a palos, como cumpliendo un rito prehistórico; el cadáver fue echado al río.

Por algún tiempo los dos bandos parecieron olvidar las violencias, mas habiendo corrido sangre de por medio, nadie podía ya detener la revolución. Pronto se renovó



Busto de Cayo Mario, general y cónsul romano (Museo Vaticano). Tras una brillante actividad política que le retuvo en Roma hasta casi los cincuenta años, partió hacia África como legado en la guerra de Yugurta, lo cual le hizo conocer las imperfecciones del ejército romano. De regreso a la urbe fue elegido cónsul y obtuvo el mando supremo de la guerra, que acabó victoriosamente con un ejército reformado por completo. Más tarde hizo la guerra en la península itálica y se vio reelegido varios años en el cargo de cónsul, pero murió a comienzos de su séptimo mandato.

la lucha con mayor intensidad. Cayo, hermano de Tiberio, fue elegido tribuno en 123 y empezó a proponer reformas, se contaba que instigado por el espectro de su hermano. Sus proyectos eran mucho más vastos; Cayo revela una mentalidad más complicada que la de Tiberio. Por de pronto, trató de debilitar al Senado, arrancándole el poder de nombrar jueces para causas políticas. Insistió en conceder el derecho de ciudadanía romana a todos los italianos; construyendo nuevas vías de comunicación, proponíase facilitar el acceso a tierras lejanas; fundando colonias en el sur de Italia y en Cartago, quería dar empleo a los agricultores que tenían que emigrar del Lacio; para aliviar la

miseria de la capital, hasta que se restableciera la normalidad, hizo aprobar una ley por la que el estado compraría el trigo al precio del mercado y lo vendería en Roma mucho más barato...

Todo esto parece justo, porque si Roma era dueña del mundo, tenía derecho a que se beneficiaran del provecho todos los ciudadanos. Pero había el amargo recuerdo de la lucha de clases entre el Senado y el pueblo, y era de prever que la revolución no acabaría con reformas. La persona que tenía más alto espíritu de la época, la hija de Escipión el Africano, Cornelia, madre de los Gracos, lo dijo en términos categóricos al ser nombrado tribuno Cayo, que podía tener deseo de venganza: "Nada me parece más bello que vengarse de un enemigo si puede hacerse sin causar la ruina de un país, pero si esto no es posible, es mejor que los enemigos queden en paz y que no se pierda la patria".

Esta amonestación de Cornelia parece que hubo de tenerla en cuenta su hijo Cayo, porque sus proyectos y reformas no pasaron de ser de género político y administrativo, reduciendo los derechos del Senado y dando ventajas a la plebe; no hubo durante su tribunado venganzas sangrientas, y hasta hizo esfuerzos por conciliarse el respeto de los "padres" proponiendo un armisticio. En el discurso en que presenta un proyecto de ley hallamos este párrafo conciliador:

"Si os digo que soy de noble familia patricia, que he perdido a mi hermano por vuestra defensa, que soy directo descendiente de Escipión Africano y del primer Tiberio Graco, y os pido descanso, para que mi raza no sea destruida y para que quede todavía una rama de mi gente, es probable que me concedáis lo que os pido".

Ni así, como suplicante, pudo obtener Cayo la paz que deseaba: hubo de morir como su hermano. Ahora bien, al no poder abrogar el Senado la ley de reparto de tierras, la eludió eliminando el triunvirato y transfiriendo sus poderes a los dos cónsules, entonces fuera de Italia. Pero la revolución siguió su curso con las dictaduras feroces de Mario y Sila.

De esta época de los Gracos fue también víctima el que se consideraba como el romano más puro, casi santo, por su honradez y ciencia. Pertenecía a la familia Emilia, pero fue adoptado por el hijo del gran Escipión. Por esto se le llamaba Escipión Emiliano. Cuando se decidió llevar a Roma el más famoso fetiche del Oriente, un aerolito de color negro que se conservaba en el santuario-ciudad mística de Pesinonte, los romanos, ya con plena autoridad en la región del Tarso, compraron u obligaron a cederles aquella



piedra, que podía favorecer la paz, y encargaron a Emiliano su traslado.

Enviaron a la más respetada de las vestales a Pesinonte, y cuando, al llegar a Roma el buque que la conducía, se instaló en una barca fluvial para remontar el río, Escipión la condujo con una cinta desde tierra. La piedra fue depositada en un edículo, junto al templo de Júpiter Capitolino. Sus efectos no se dejaron notar, pero se satisfizo a la divinidad con aquel esfuerzo. Es probable que Escipión Emiliano, que era de creencias estoicas, sufriera con aquel servicio supersticioso, porque se le encontró muerto en la cama sin señal de enfermedad ni violencia.

Otra manifestación de esta característica tan romana de confiar en los poderes ocultos para evitar la marcha de la revolución fue la decoración del borde del foso o sumidero del Foro romano, donde se había suicidado Curtius Mettus. Así se esperaba que los dioses infernales, apaciguados, acabarían con las violencias en la ciudad de las Siete Colinas.

Nueva prueba del odio que sentían los aristócratas por los Gracos fue que incluso su simple memoria fue proscrita y ni la misma madre, Cornelia, pudo vestirse de luto. Pero el pueblo conservó de ella un recuerdo como de la mejor dama romana y se le

Coraza de cuero y dos espadas de las usadas por la infantería romana del siglo I antes de J. C. (Museo Nacional, Roma). Para los romanos, la mayor o menor aportación al servicio de las armas estaba en relación directa con la fortuna personal. Los más ricos formaban la caballería y se costeaban, por supuesto, armas y cabalgadura. Los más pobres sólo iban armados de un venablo y una honda. El ciudadano medio era el que usaba las armas aquí representadas.



Templo circular de Vesta, diosa protectora del estado romano, edificio levantado en el Foro en el siglo I a. de Jesucristo. Su forma imitaba la de las primitivas casas del Palatino y en su interior ardía continuamente el fuego sagrado, alimentado por seis vírgenes vestales.

levantó un retrato en el Foro romano, cuyo pedestal todavía se conserva en el mismo lugar.

Los Gracos son dos figuras gloriosas de tribunos sacrificados por lo que ellos creían el bien del estado. Infunden un resplandor de nobleza a este período de la historia romana. No obstante, si se observa bien, se advierte que las reformas que proponían eran sólo paliativos temporales, que acaso hubieran mejorado por algún tiempo la situación del pueblo romano, pero no modificaban la Constitución ni atajaban radicalmente las causas del malestar, que era algo que podríamos llamar congénito.

Lo que por entonces se necesitaba en Roma era una nueva distribución de poderes. Nadie podía precisar las atribuciones del Senado, que, poco a poco, de cuerpo consultivo que era en un principio, se había erigido en consejo soberano. Los comicios, o asambleas populares, tenían una organización confusa y poderes mucho más ambiguos de lo que hubiera sido necesario para gobernar. Los cónsules duraban sólo un año; no podían, pues, ejercer el poder ejecutivo, y los tribunos podían ser reducidos a la impotencia por el veto de un solo colega. En estas condiciones es evidente que, cuando no había un enemigo exterior que

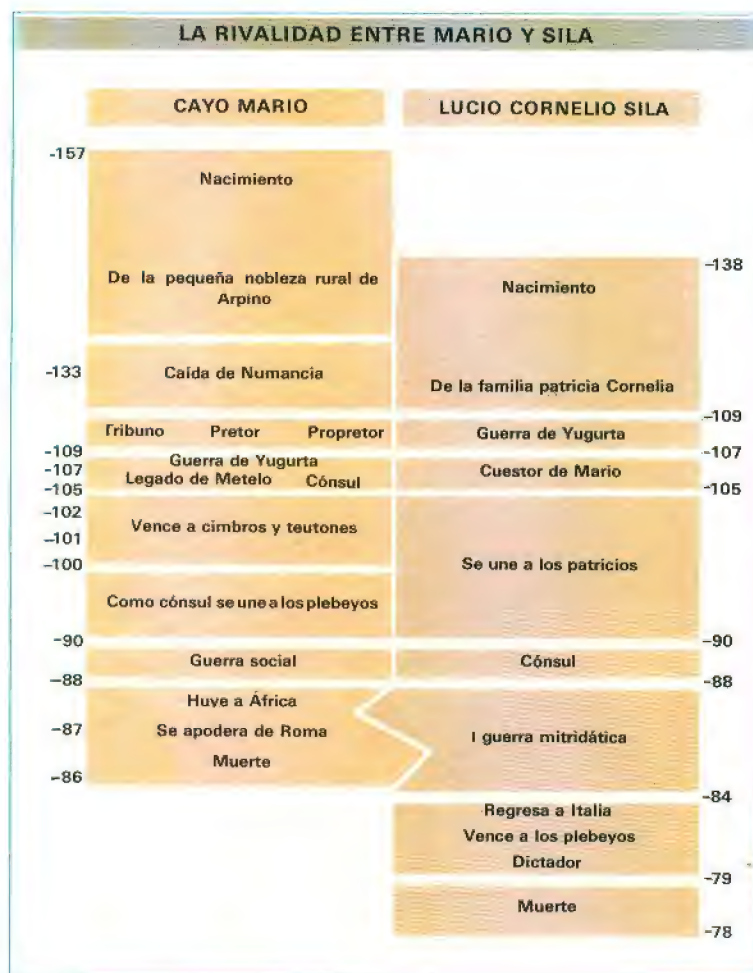
*Estatua de un legionario romano
de los últimos tiempos de la República,
armado con lanza, espada,
escudo y casco
(Museo Nacional, Roma).
Este cuerpo del ejército,
reservado al principio
a los ciudadanos con medios de fortuna
para pagarse las armas,
fue reformado por Mario,
de forma que pudieran integrarlo
voluntarios que,
en pago de su servicio,
recibían un sueldo.*

los obligara a unirse, las rivalidades entre estos poderes debían producir crisis lamentables. Acaso si Cayo Graco hubiese vivido unos cuantos años más, hubiera sido el Solón o Clístenes romano que necesitaba la República. Pero es dudoso que hubiera podido sobreponerse a tantos prejuicios históricos y, sobre todo, religiosos: en Roma se hacía todo de acuerdo con las prácticas sagradas y las autoridades y asambleas eran intangibles. Sólo un dictador sin escrúpulos podía pasar por encima de las mil supersticiones legales que impedían la transformación del estado... Y como este dictador sin conciencia sería un tirano, la monarquía era inevitable.

Por fortuna, dificultades exteriores demoraron esta solución. Roma tenía todavía que conquistar el mundo y, en verdad, las antiguas naciones del Mediterráneo oriental estaban reclamando su tutela. Los reinos caían tras breve lucha, o incluso sin ella. En tiempo de Tiberio Graco había muerto el último de los reyes de Pérgamo, dejando heredera de su estado y de sus bienes personales a la República romana. El rey de Cirene también hizo testamento en favor de Roma. Otros soberanos de Oriente les imitaron, dando extraño ejemplo de abulia política.

En cambio, Roma tuvo que sostener una guerra difícil en los territorios de África del Norte que antes habían estado bajo la influencia de Cartago. Un jefe beréber llamado Yugurta desobedecía las órdenes de Roma con una arrogancia que exigía castigo. En las guerras contra Yugurta acabó de revelarse como general y político el famoso Cayo Mario. El Senado, que había recobrado su autoridad, no pudo impedir, sin embargo, que se eligiese cónsul al mismo Mario en seis elecciones sucesivas. Parecía que éste iba a quedarse con el consulado a perpetuidad. Sus grandes dotes militares le habían hecho indispensable; había salvado a Roma de una





Los democráticos de Mario duraron hasta el año 99, en que sus partidarios se hicieron intolerables. Mario era todavía cónsul, y el Senado, volviendo por sus fueros, le exigió que atacara a sus propios partidarios. Como cónsul y jefe del ejército, Mario no podía negarse a obedecer al Senado, pues ello sería romper con las tradiciones constitucionales. Pero Mario no tuvo la audacia de rebelarse y, aunque de mala gana, atacó a los demagogos. Aquel día corrió otra vez la sangre de los magistrados romanos: un pretor, un cuestor y dos tribunos del partido democrático fueron sacrificados sin formación de juicio por los soldados de Mario, que ahora actuaban al servicio de los conservadores.

Busto de Lucius Cornelius Sulla o Sila (Museo Vaticano). Al principio de su carrera política militó a las órdenes de Mario, del que fue excelente émulo en el arte de la guerra. Nombrado jefe de las tropas de Oriente, su oposición a Mario dio lugar a una larga situación de guerras civiles que acabaron, a la muerte de Mario, con la proclamación, por parte de Sila, de una dictadura cruel que puso fin a la vida de la mayoría de sus enemigos políticos.

avalancha de pueblos teutónicos que intentaban descender sobre Italia. Multitudes de guerreros nórdicos emigraban con sus mujeres y familias, en caravanas de carros. Mario los aniquiló en dos batallas: una en Provenza y otra en Lombardía. A partir de aquel momento, Mario pudo contar con la adhesión incondicional de sus veteranos, como guardia fiel utilizable para fines políticos.

Pero aunque Mario odiaba a los grandes patricios, no tenía el talento necesario para reducirlos a la impotencia. Nada ha quedado en la Historia que podamos llamar el programa político de Mario; no dejó más que su táctica desmoralizadora para humillar al Senado amenazándole con las milicias. Mario había reorganizado el ejército, dando entrada en las legiones a gentes de baja extracción, a las que después confería, sin ningún derecho, la ciudadanía romana. De este modo, sin un plan político meditado, como era el de los Gracos, Mario, valiéndose del ejército, dio a entender a los conservadores que habrían de resignarse a presenciar un cambio de régimen más o menos inmediato.

La influencia, o mejor dicho, los abu-



LA GUERRA SERVIL: ESPARTACO

La guerra desencadenada por los esclavos, mandados por Espartaco, contra el poder de Roma fue la revuelta social más importante del mundo antiguo. La chispa saltó en Capua en el año 73, en un campo de entrenamiento para gladiadores. Los sublevados, que se apoderaron de las armas destinadas a los juegos del circo, se congregaron en las inmediaciones del Vesubio, adonde afluyeron también otros esclavos rebelados contra sus dueños. El Senado no concedió al principio importancia al motín: no se consideraba digno emplear fuerzas regulares contra los esclavos. Pero el número de sublevados ascendió a cerca de 120.000, engrosadas sus filas por campesinos de los latifundios de Apulia, Lucania y los Abruzos y hombres libres arruinados por las guerras civiles.

Cerebro y alma de esta insurrección fue Espartaco, un oriental probablemente de origen noble, que había servido en las fuerzas auxiliares del ejército romano. Por su prestigio personal, por su carácter enérgico y por su sentido organizador logró contener la inevitable furia destructora de los sublevados. Desde luego, no pretendió subvertir la situación social existente, pues ello no era posible en la época; aspiraba a huir de Italia con sus hombres para volver a la vida de libertad que llevaban en sus países de origen.

Para conseguirlo, de victoria en victoria llegó a Italia septentrional; allí, sin embargo, quizá porque le faltará valor, quizá porque no pudiera contener las fuerzas disgregadoras del ejército de esclavos o quizá porque prevaleciera el proyecto de dirigirse contra Roma, Espartaco no se atrevió a forzar las defensas romanas de la vía de los Alpes orientales. Volvió, pues, sobre sus pasos, descendiendo nuevamente a Italia meridional.

Mientras tanto, el Senado, incapaz de dominar la revuelta, tuvo que conceder poderes extraordinarios a Craso, que tenía propiedades en toda Italia y que era llamado el *díves* por sus opulentas riquezas. Deseoso de adquirir una gloria militar que añadir a sus inmensas riquezas, era la única persona que podía financiar privadamente un ejército que restableciera el orden en Italia.

Entre las fuerzas consulares, las organizadas por el Senado y las conseguidas por él mismo, Craso llegó a disponer de unas doce legiones. El ejército reunido de este modo distaba mucho de tener cohesión y de constituir una fuerza monolítica. Así, en el encuentro con los hombres de Espartaco, Mumio, lugarteniente de Craso, sufrió una gran derrota y los soldados huyeron a la desbandada. Para restablecer la disciplina en las legiones se recurrió a diezmar a los soldados,

pena ésta que se aplicaba entonces por vez primera en toda la historia militar romana.

Aunque Craso no se atrevía a luchar contra Espartaco en campo abierto, consiguió por último reducirlo a la región de los Abruzos, de donde no podía escapar más que a Sicilia. Espartaco creía encontrar allí ayuda en los esclavos insulares y hasta entró en tratos con los piratas del Mediterráneo para que le ayudaran a transportar sus tropas a Sicilia. Pero los esclavos del país no se le unieron y los piratas acabaron traicionándole.

Entonces, Espartaco, impulsado por la desesperación, abandonó los Abruzos y se presentó amenazador en Lucania. Alarmado el Senado, ya no dudó más e hizo regresar a Pompeyo de España y a Luculo de Macedonia.

Este enorme despliegue de fuerzas dio al traste con el generoso y audacísimo movimiento de Espartaco. Iniciada la batalla que había de ser decisiva, Espartaco fue herido por una flecha desde el principio del combate y luchó de rodillas hasta caer agotado. Su cuerpo no fue nunca hallado. Por orden de Craso, los seis mil prisioneros hechos en el campo de batalla fueron crucificados a lo largo de la Vía Apia para escarmiento de los demás esclavos.

A. B.

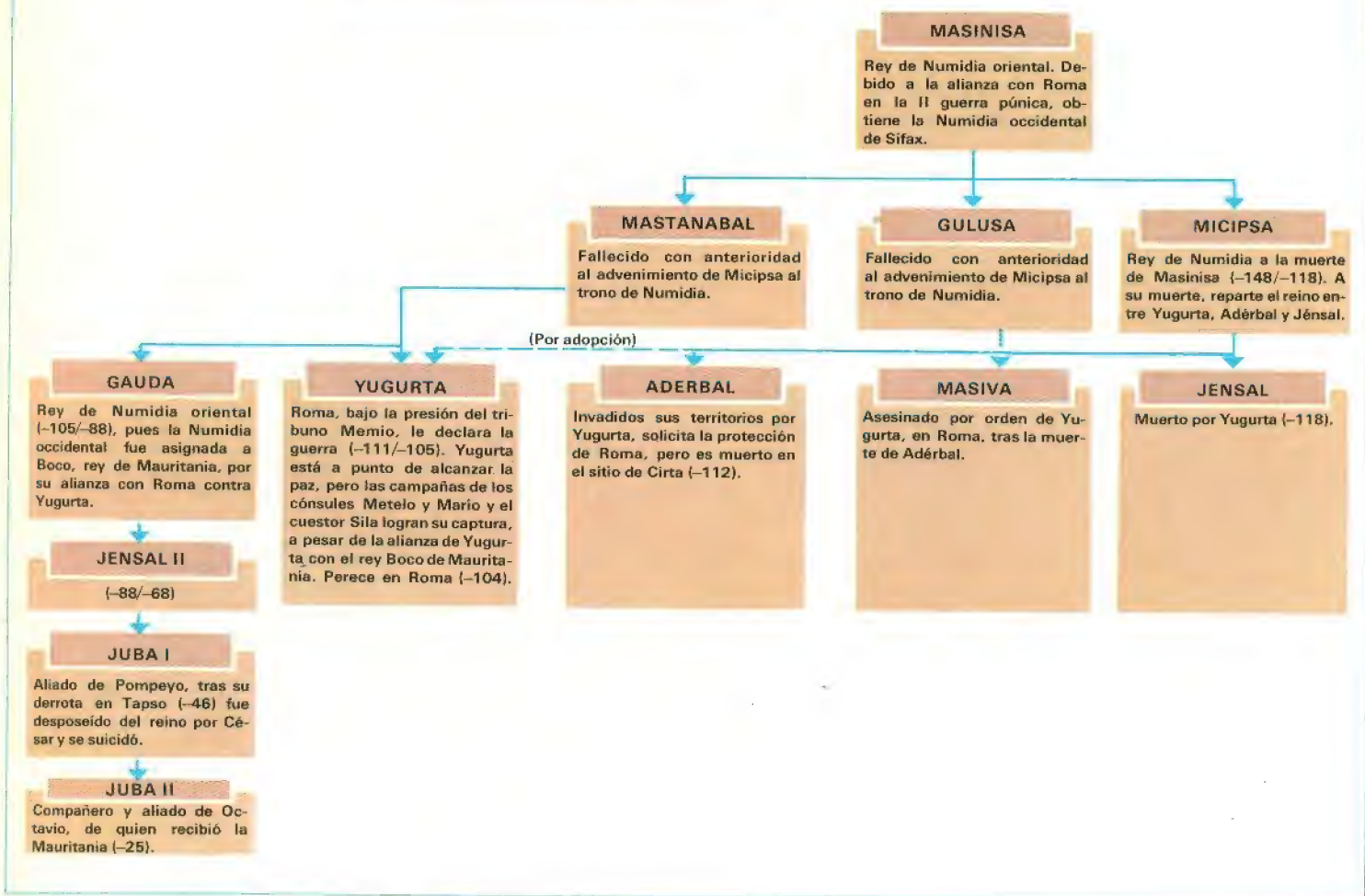
Desde entonces, dice Plutarco, Mario se hizo igualmente odioso a nobles y plebeyos. Arrepentido de su debilidad, decidió exatriarse, emprendiendo un viaje por Oriente que duró dos años. A su regreso se hizo construir una casa cerca del Foro, pero añade Plutarco que Mario, "habiendo sido un instrumento de guerra, quedó arrinconado en tiempo de paz". Ni tan sólo tenemos el parecido auténtico de Mario; se ha querido ver su efigie en una cabeza de la que hay varias copias, que demuestran rudeza y fuerza de carácter; mas por lo que dicen sus biógrafos, Mario era corpulento en extremo y no resulta así en este supuesto retrato. Mientras tanto, la revolución seguía su curso y el año 90 a. de J. C. tuvo que concederse el derecho de ciudadanía a todos los italianos. Pero esta medida no se dictó sino después de haber sido asesinado el tribuno Druso, que la proponía, y de haber sido casi impuesta por una furiosa sublevación de todos los pueblos itálicos, que reclamaban los derechos de ciudadano romano: Roma vio otra vez peligrar su propia existencia. Los sublevados llegaron al extremo de fundar otra capital, una ciudad nueva, que llamaron Italia.

en la costa del Adriático, con un Senado y magistrados como los de Roma, acuñaron moneda y organizaron ejércitos, que vencieron en repetidos combates a los romanos.

En esta guerra pelearon con varia fortuna, todavía asociados, Mario, ya viejo, y su antiguo ayudante de las guerras de Yugurta, Lucio Cornelio Sila. Aunque de origen patricio, Sila no había heredado una gran fortuna, por lo que tuvo que ganarse sus laureles y escalar el poder con no pocas dificultades. Su biógrafo dice que tenía azules los ojos y blanca la cara, aunque cubierta de pecas rojas ("una mezcla de moras y harina").

Al concluir con la rebelión de los pueblos itálicos, Sila había conseguido ya la reputación de gran general y era nombrado cónsul para el año 88 a. de J. C. Una nueva calamidad amenazaba a Roma y se necesitaba un hombre de acción; Sila fue este genio extraordinario que salvó a Roma, casi a pesar de Roma. Raramente se encontrará un político y general en situación más difícil que la que logró sortear Sila en los años del 88 al 84. Había sido enviado por el Senado al Oriente para sofocar un levantamiento general de los griegos y asiáticos

CUADRO GENEALOGICO DE LOS REYES DE NUMIDIA



contra Roma. Estimulados por el rey del Ponto, Mitrídates, que se preciaba de filoheleño, griegos y asiáticos se atrevieron a desafiar a la República romana, asesinando a sangre fría a ochenta mil italianos que se habían establecido en Oriente. Ninguna de las matanzas de extranjeros que han motivado las intervenciones europeas en China puede compararse con la carnicería que mandó hacer Mitrídates.

Sila fue enviado para restablecer el prestigio de Roma en Grecia, recuperar los territorios de Pérgamo y Macedonia y castigar a Mitrídates, que contaba con fuerzas enormes y tenía por aliados a otros reyezuelos del Oriente. Sila sólo llevaba treinta mil soldados, pero lo peor fue que, apenas se hubo embarcado para Grecia, los demócratas recuperaron el poder y ejercieron un verdadero terror contra el bando conservador, que había elegido a Sila. El nuevo gobierno, dirigido por un demagogo llamado Cinna, empezó por deponer a Sila, enviando a Grecia otro general, Valerio Flaco, con 12.000 sol-

dados. Sila se encontraba entonces sitiando a Atenas y amenazado por el ataque inminente de un ejército del rey del Ponto, en camino hacia la ciudad.

Anticipándose a la llegada de Flaco, Sila asaltó Atenas y derrotó al ejército del Ponto en el llano de Queronea. Se cree que llegaría a un acuerdo secreto con Flaco, porque éste, en lugar de destituir a Sila, marchó directamente a los estrechos del Bósforo para invadir el Asia. La conducta de Flaco no satisfizo a los demócratas que le acompañaban, y éstos, amotinando al ejército, mataron a Flaco y pusieron en su lugar a un oficial llamado Fimbria. Entre tanto, Sila había entablado negociaciones con Mitrídates, concluyendo con él la paz a condición de recibir 2.000 talentos de oro y ochenta buques de guerra. Además, Mitrídates restituyó los prisioneros y las contribuciones cobradas durante cuatro años, de manera que Sila dispuso de una suma considerable, y para colmo de fortuna, las legiones de Fimbria se le entregaron sin combatir.

En la primavera del 83, Sila desembarcó en Brindis con su tesoro y un ejército juramentado a obedecerle sin murmurar. Palmo a palmo ganó la tierra de Italia, y cuando se vio dueño de la situación, Sila se instaló en Roma para castigar a los demócratas; pero respetuoso con la legalidad, hizo primero votar al pueblo una ley que le concedía poderes ilimitados. Su título sería el de "dictador", y a este título iría unido el derecho de confiscar propiedades, cambiar los límites de las haciendas y de las fronteras de provincias, nombrar magistrados, legislar por su cuenta, decidir cuándo debía él dimitir su cargo y elegir por sí mismo, si lo necesitaba, un colega o sucesor... Nada da mejor idea de cómo habían cambiado las cosas que el hecho de que una ley así fuese votada por los comicios sin la menor oposición.

Sila se dispuso a saldar cuentas con todos los que se habían aprovechado de su ausencia para perjudicarle y perseguir y asesinar a sus amigos. Las listas de proscripción de Sila y sus satélites comprenden 4.700 ciudadanos, entre ellos 15 ex cónsules, 40 senadores y 1.600 patricios, todos demócratas que simpatizaban con la revolución. El "terror blanco", o reacción conservadora del año 81, en Roma, es una de las más famosas degollinas que registra la Historia. Sila ordenó que las cabezas de sus víctimas fuesen expuestas en una esquina del Foro. Ni los difuntos fueron respetados: las cenizas de Cayo Mario, que había sido su colega militar, fueron esparcidas a los cuatro vientos.

Las brutalidades de la reacción son más odiosas porque no tienen la excusa de abrir un camino al porvenir. Después de haber limpiado a Roma de demagogos, Sila empezó



Tetradracma de plata de Mitrídates VI Eupator, rey del Ponto (Gabinete de Medallas, París). La política de expansión de su reino a toda el Asia Menor le enfrentó a los romanos, que perseguían la misma finalidad. En tres guerras sucesivas se enfrentó a Sila, su lugarteniente Murcena y Lúculo y Pompeyo, quien le derrotó cerca del Éufrates y obligó a huir. Sus territorios quedaron ocupados por Roma.

su obra, que creyó sería duradera, de restaurar la Constitución. Procedió cautamente, como militar acostumbrado a no dejar imprevisto detalle alguno. Así y todo, a los pocos años no quedaba nada, o bien poco, de la obra de Sila. Daremos una idea de los principales puntos de reforma. Por de pronto, el Senado pasó a ser, no sólo de hecho sino de derecho, un cuerpo gubernativo. Los comicios populares no podían aprobar ninguna ley que no fuese previamente aceptada por el Senado. En cambio, las vacantes entre los senadores, que antes se proveían por el censor o automáticamente al cesar de un cargo público, según la Constitución de Sila serían provistas por el pueblo. De manera que, según el nuevo plan propuesto por Sila, los comicios populares no sólo votaban las leyes, sino que aun elegían a los senadores. Parecía que de estos arreglos, con un poco de experiencia, se podía llegar a un sistema parlamentario de doble Cámara, pero, por

Parte central de uno de los relieves del altar de Domicio Enobarbo, que representa el sacrificio de la suovetaurilia, es decir, de un cerdo, un carnero y un toro, al dios Marte para impetrar su ayuda al ejército (Museo del Louvre, París). Esta ceremonia, que se realizaba antes de los principales acontecimientos de la vida romana, se hace aquí en el momento del alistamiento en el ejército de los jóvenes romanos en edad militar.





Detalle del altar de Domicio Enobarbo en el que, junto a soldados equipados con el uniforme de la infantería, hay romanos con toga alistándose en el ejército. Esta escena es uno de los pocos documentos que tenemos para conocer el modo de realizar el alistamiento en tiempos de la República.

desgracia, Sila no se atrevió a organizar las asambleas populares como había establecido, bien claramente, los derechos del Senado. Los comicios romanos continuaron siendo asambleas de carácter primitivo, más celosas de sus procedimientos tradicionales que de gobernar.

Sila dictó además innumerables disposiciones acerca de los cónsules, tribunos y censores. Todos salieron malparados de sus reformas; por ejemplo, los tribunos, que eran los más propensos a convertirse en cabezas de motín, conservaron su temible poder del veto, pero con la amenaza de una multa cuantiosa si podía condenárseles por haber abusado de su derecho. Nadie que hubiese sido tribuno podía ser elegido cónsul; así es que los excesivamente ambiciosos no tendrían muchas ganas de inutilizarse, con el tribunado, para el ejercicio del cargo consular, el más deseable.

Mas, ¿para qué continuar? Sila resignó sus poderes el año 79 y moría pocos meses después. Pronto se vio que el dictador se había engañado al esperar que el Senado podría ser otra vez un cuerpo vivo. Los aristócratas, incorregibles, como de costumbre, creyeron que Sila había hecho la reforma, no

para salvar la República, sino para restituirles a ellos sus derechos más que caducos, y, obcecados e incapaces como eran, pretendieron con mano trémula dirigir la nave del estado. Naturalmente, otros espíritus más jóvenes tuvieron que empuñar el timón y nuevos dictadores aparecieron, más ambiciosos y osados, que exigieron título y honores de la majestad imperial.

Por de pronto, el año 75 Roma tenía que intervenir otra vez en el Oriente. Un tal Nicomedes, rey de Bitinia, había hecho también testamento en favor de Roma. Bitinia era una región enclavada entre los territorios que ya poseían los romanos en Asia y el famoso reino del Ponto. El resultado inevitable del legado de Nicomedes era otra guerra a muerte con Mitridates, olvidando la paz de Sila.

El Senado envió a Bitinia a uno de los suyos, elegido cónsul cuando la reacción producida por las reformas de Sila, un patricio arruinado que se llamaba Lúculo, hombre de gran talento, de buen gusto, enérgico y capaz, que conocía el Oriente por haber acompañado a Sila en su campaña del 85 contra el rey del Ponto. Lúculo es uno de los personajes más representativos de esta épo-

ca: conservador irreductible en principio, en la práctica sentía tan poco respeto por el Senado como los mismos demagogos. Estaba casado con la mujer más hermosa de Roma, la famosa Clodia, de la familia de los Claudios y, por lo tanto, romana hasta la medula, furiosamente sensual, aunque con pasión y cierta nobleza. Cuando Lúculo se hallaba en Oriente, Clodia despertó una pa-

sión violenta en el delicado poeta Catulo. "Odio y amo", dice el pobre Catulo maldiciendo a Clodia, de la que se sabe no se satisfacía con un solo amante.

La tarea que el Senado había impuesto a Lúculo era todavía más difícil que la encargada a Sila el año 84. Recordemos que Sila, para tener libertad de regresar a Roma, había negociado con Mitridates un tratado

Templo de la Fortuna Viril, en el Foro romano, de orden jónico, levantado sobre alto podio y accesible por su fachada delantera mediante una escalinata. Este templo, que se conserva casi intacto, estaba dedicado al dios portuario Portunus y es de la época republicana.





Terracota romana con una escena circense de gladiadores y leones (Museo Nacional, Roma). Entre los años 73 a 71 a. de J. C., Roma sostuvo la llamada guerra de los esclavos. Un grupo de éstos, escapados de la escuela de luchadores de Capua, logró formar un compacto ejército que, a las órdenes de Espartaco, presentó batalla y venció repetidas veces a los romanos. Pero Craso logró derrotarlos y crucificó a varios miles de ellos en la Vía Apia.

de paz por el que se dejaba al soberano oriental en plena posesión de sus estados. Durante los años de la dictadura de Sila, Mitrídates se había preparado, acumulando tesoros y acogiendo en su corte a los demócratas fugitivos de Italia, que organizaron su ejército a la romana. Mitrídates estaba en relaciones con Sertorio, un general del bando demócrata que había lanzado en España el grito de rebelión e independencia. Sertorio era hábil y culto.

Lúculo puede ser comparado con Cecil Rhodes, al conducir a su patria a un extremo de imperialismo que ella no deseaba. En seis años, sin ayuda de Roma, con legiones hambrientas y fatigadas, Lúculo se hizo dueño de Bitinia y acorraló a Mitrídates en un ángulo

de su reino, conquistando su capital y apoderándose de gran parte de sus fabulosos tesoros. Desde aquel momento, dueña de Pérgamo, Bitinia y el Ponto, la República romana pasó a ser el factor predominante del Asia.

Es interesante que Lúculo, sin gran preparación ni mucha experiencia militar, aficionado más bien a cosas estéticas, se manifestara de improviso como estratega imponderable, viviendo en los campamentos con la mayor simplicidad y sufriendo toda suerte de penalidades. Cuando el año 65 fue relevado, contra sus deseos, por Pompeyo, regresó Lúculo a Roma con grandes riquezas, se divorció de Clodia y se retiró de la política para vivir en magníficos palacios,



cuyas fiestas y banquetes han pasado a ser proverbiales. Pero el Occidente debe a Lúculo algo más precioso que el ejemplo de sus campañas y sus festines: el árbol del cerezo, que trajo de Armenia y crece ahora en Europa. Desde que Lúculo regresó del Ponto, nuestras huertas ostentan en primavera la belleza de otro ramaje florido, y al empezar el verano, alegra nuestras mesas la bendición encarnada de las cerezas lustrosas. Así las conquistas de Roma no sólo ensancharon sus estados y dieron un estímulo para un imperio universal, sino que además añadieron la riqueza de otros bienes: los frutos de todos los países que dominaba.

Las atroces matanzas de la revolución durante el despotismo militar de Mario y Sila despertaron el entusiasmo por las luchas violentas de veteranos y profesionales que constituyeron el deporte gladiatorio. Éste provenía ya de la época etrusca, pero no tuvo el carácter de espectáculo nacional hasta la atracción por lo sangriento que originó la revolución. Los juegos (*ludi*) gladiatorios eran de diferentes clases, pero siempre acababan indefectiblemente con la derrota o la muerte de uno de los combatientes, y en ocasiones, de los dos.

La revolución romana no produjo ningún poeta que relatara con gran copia de detalles dramáticos escenas de la Pasión de los Gracos o las violentas reacciones de los aristócratas y plebeyos en tiempos de Mario y Sila.

Roma no pudo ofrecer nada parecido a un Tucídides. Sin embargo, el genio romano había alcanzado aptitud para interesarse por la historia, y más tarde aparecieron escritores que sentían la grandeza de lo ocurrido en

las jornadas revolucionarias. Síntoma de esta aptitud para el relato de los hechos históricos es que el primer poeta latino fuese el romano Ennio, que compuso una torpe epopeya sobre los *Orígenes de Roma*. Es literalmente una retahíla en líneas mal versificadas y pobre de inspiración. Su rústico retrato se corresponde con sus versos.

En arte, la arquitectura continuó imitando los "modos" etruscos sin añadirles más que monumentalidad. Es en esta época cuando aparece el primer pintor romano, un patricio aficionado a representar escenas históricas que se llamaba Fabio Píctor. Algunos de los restos hallados de sus frescos nos enteran de su pobre manera de componer sus asuntos en zonas, sin ninguna relación, sin continuidad.

Relieves de una familia burguesa romana de fines de la República en la lápida de una tumba (Museo de los Conservadores, Roma). En el último siglo antes de nuestra era, la clase social predominante en Roma era la de los caballeros, que alcanzaría en el Imperio su máximo apogeo.



BIBLIOGRAFIA

Bloch, G.	<i>La république romaine</i> , París, 1913.
Bloch, G., y Carcopino, J.	<i>La république romaine de 133 à 44</i> , en "Histoire Générale" de G. Glotz, París, 1935-1936.
Brisson, J. P.	<i>Spartacus</i> , París, 1959.
Carcopino, J.	<i>Autour des Gracques</i> , París, 1928. <i>Les étapes de l'impérialisme romain</i> , París, 1961. <i>Sylla ou la monarchie manquée</i> , París, 1931.
Gabba, E.	<i>Le origine della guerra sociale e la vita politica romana dopo l'89 A. C.</i> , Pavia, 1954.
Garzetti, A.	<i>M. Licinio Crasso</i> , Pavia, 1941.
Homo, L.	<i>Nueva historia de Roma</i> , Barcelona, 1955.
Mansuelli, G.	<i>La política di Cn. Pompeo Magno</i> , Bolonia, 1959.
Ooteghem, J. J. van	<i>Pompée le Grand, bâtisseur d'Empire</i> , Bruselas, 1954.
Pericot García, L., y Ballester Escalas, R.	<i>Historia de Roma</i> , Barcelona, 1963.
Schulten, A.	<i>Sertorius</i> , Leipzig, 1926.
Syme, M.	<i>The Roman revolution</i> , Oxford, 1960.



*Yelmo de un gladiador romano
(Museo Nacional, Nápoles)
utilizado en los combates
organizados como espectáculo,
en los que la vida del luchador
sólo dependía
de la voluntad del público.*